

Imágenes por coleccionar

Diego Parra Donoso

Pinturas enrolladas viajan a Chile cruzando el atlántico en un avión de DHL. Estas telas dice en el formulario de envío que son algo así como una alfombra pintada a mano, de hecho, en Aduanas pasaron como un objeto decorativo artesanal. Y bueno, no están tan lejos de ello, porque objetivamente son telas pintadas a mano y ya, salvo que si las hubiésemos informado como “obras de arte” las alertas se habrían disparado y los seguros también. Mejor dejar este gran rollo en el estado de “artesanía” y así todos felices (menos los que cobran impuestos).

Este largo periplo interoceánico me hizo pensar en la condición de equipaje de las pinturas, que en este caso ilustran situaciones heterogéneas, pero siempre ancladas en una domesticidad desnuda: son algunas escenas donde no ocurre nada trascendente, otras son naturalezas muertas hechas a partir de objetos bien *brandeados* (con los logos de las marcas definidos), instantáneas de cierta perversión y también, recortes de paisaje. Las telas son el equipaje del artista, son sus memorias y vivencias y, por lo tanto, nos permiten entender un cotidiano que se desarrolla a kilómetros de distancia, ya que su artífice, Pablo Linsambarth no vive en Chile.

La pintura de Linsambarth ha trabajado con la memoria personal y familiar, y a lo largo del tiempo, ha ido modificando su estilo hacia un decorativismo heredero de las pinturas de Matisse, Hockney y, ciertamente, del uso del color en la pintura latinoamericana. Este pintor de equipaje en constante movimiento hace uso extensivo también del dibujo, cuestión que lo hace acercarse a un grafismo propio del tatuaje y los grafitis.

Es curioso que, en esta exposición, llamada “Preludio”, Linsambarth escogió diagramar el espacio con sus telas sin seguir una retícula regular, casi como armando una página de álbum de láminas de los 90. Ese desenfado es coherente con la libertad en el uso de la pintura, que sobresale por lo llamativo de los colores (a mi juicio, un rasgo inusual entre sus compañeros de generación).

Si bien “el cotidiano es charcha” (como afirmaba alguien en una entrevista realizada por el colectivo Trabajos de Utilidad Pública), las escenas domésticas de Linsambarth parecen no aburrir, probablemente por lo enigmático de algunas imágenes, así como también lo directo de otras (como las referencias futbolísticas, por ejemplo). Los conjuntos que suele articular Pablo destacan por su carácter de proceso abierto, pues este álbum que vemos puede continuar hasta donde el artista desee, y asimismo, cada tela podría eventualmente intercambiarse, ya que no refieren a ninguna experiencia clave, tan solo a instantáneas. Esto último nos recuerda lo complejo que es recordar y dar sentido a lo que vivimos, pues solo con la distancia le damos significados trascendentes a nuestras memorias, y aquello que hoy pensamos puede ser relevante en un mes o un año puede parecer irrelevante, y al revés, lo que desestimamos como menor puede convertirse en un episodio ineludible en la construcción de nuestras biografías.

La memoria al final del día es un álbum de láminas que pasa la mayor parte del tiempo vacío, y va llenándose con el tiempo, adquiriendo forma y sentido de linealidad en la medida que vamos existiendo. Linsambarth nos ofrece en esta exposición un pequeño fragmento de ese álbum, uno que quizá en el tiempo que las pinturas tardaron en cruzar el atlántico ya cambió su forma, pero es justamente esa condición cambiante la que más nos seduce en tiempos de pura transformación.